

tud; y de allí, de aquel sitio herboso y selvático, brotando de la hendidura de una tumba como de una herida del corazón, resalta vivamente, al igual de una hebra de luto en un brocado, el tallo esquelético y ennegrecido de una florecilla salvaje, formada acaso por la evaporación de la última lágrima que derramaran aquellos ojos, tristes como los de la Dolorosa, soñadores como los del poeta, solos en el mundo de las perspectivas.

LOS DOS POLOS

I

Eran bonitas las dos chiquillas y además vecinas; tan linda ésta, que semejaba figurita de cromo, y tan correcta, que parecía estatua... Ni las alegrías, ni las penas, ni las tempestades todas de la vida lograban alterar aquella cara de mujer, que diríase moldeada en hielo y abrasaba de puro fría...

« Esta carne es de *cocotte* », había dicho un observador husmeándola de cerca al pasar ella muy bien trajeada de rojo y negro, con sombras de artificio bajo los rasgados ojos y el airecillo aquel tan suyo, que parecía colado del Guadarrama.

Tuvo un novio con mal fin y peor principio; tuvo otro... y fueron tantos, como moscas sobre miel, que hubo de ocurrir más de una vez que se asombrara de que un hombre, á quien no recordaba haber visto, la describiera al vivo con

todos sus pelos y señales; y andando al azar de mano en mano y de bote en bote, como pelota despedida á capricho de jugadores, encontró un espíritu honrado y débil que derrochó su sentimiento y gastó su vida en la faena de buscar un latido bajo la entraña de nieve de aquella mujer, viva imagen de la bestia que necesita del macho que la patee y maltrate; y aquel espíritu honrado y débil llegó á amar en ella hasta los defectos y vicios que la hacían hedionda y asquerosa, no de otra suerte que se ama el abismo, por atracción irresistible.

¿Cuánto duró la batalla entre el espíritu y la materia, entre el hombre y la bestia? No se sabe de fijo: tan sólo recuerda la vecindad que le vió bajar con cara de muerto y en brazos de un amigo, una tarde de verano, y que se dijo y comentó en el barrio que, mientras estuvo él entre la vida y la muerte, de resultas de una *judiada* de las que solía hacerle aquella perra, y toda la gente de la casa bullía y corría, quién con las mantas de abrigo, quién con la poción calmante, la ingrata se había asomado tranquilamente al balcón para hacer señas y guiños á un caballero que, con tamañas barbas, estaba de guardia en la esquina de la calle aguantando á pie firme y sin paraguas una tempestad de lluvia y granizo.

Y así prosiguió ella su camino, como yegua desbocada, sin que se le conocieran ni aun por el forro las averías de su honradez, — que aquella mujer, como el abismo, no podía devolver los objetos que rodaban á su fondo, y, como la estatua, no engendraba frutos de cariño: ventaja inapreciable de la que se servía su dueña á maravilla; y si al volver de una *juerga*, muy bien trajeada de rojo y negro, y con su airecillo aquel que daba pulmonía, osaba contar un maldiciente los milagros de la niña, no faltaba quien le respondiera al punto:

— ¡Psch! será todo lo que quieras tú; pero todavía no se le conoce falta, ni hay quien pueda decir que le ha levantado ampolla...

La otra chiquilla era físicamente la realidad de la Adriana del *Judío errante*: un capullo de primavera con mucho color en la cara y mucho fuego en el corazón; un tipo de mujer un tanto rara y agreste, oscurecida en el agujero de una boardilla. De ella no podía decirse que era una belleza, sino una muchada bonita que todavía no había cumplido los quince años. Por entonces tenía miedo de los hombres, y, si le echaban algún requiebro, se ponía más roja que cereza caída de la mata.

Era la señorita de su casa y también la criada:

recibía las visitas, gobernaba la boardilla, fregoteaba los cacharros, lavaba el suelo, recogía tal cual esputo del padre, que iba echando los pulmones, lloraba á ratos y aun tenía tiempo para llenar el cántaro en la fuente de la calle. Era su alma tan pura y buena, que venía á ser una protesta, muda, pero temida, contra las podredumbres de la sociedad, y nadie se atrevía á mancharla, por esos terrores inexplicables que infunde inconscientemente la inocencia. Por eso, cuando los jóvenes del barrio la veían tan pequeña y roja, con su cántaro de agua en la cintura, cruzar la calle tan á prisa como se lo permitían los torcidos tacones de sus zapatos, lejos de molestarla con piropos y sandeces, no le miraban á la cara por no ponérsela más encendida.

¿Cómo ocurrió aquel milagro? No se sabe de fijo : tan sólo recuerda una vecina suya que una tarde de verano la vió asomarse á hurtadillas por la ventana del patio y bajar poco á poco hasta el piso tercero un clavel encarnado pendiente de un hilo muy largo, y que otra tarde la vió también asomarse á hurtadillas y bajar luego una trenza de pelo rubio y otra blanca, que era de un lunar, atadas á una de las puntas de aquel hilo tan largo ; ni vió más la curiosidad de la vecina, sino arriba, y como asustada, una cabe-

cita rubia, y abajo, como mirando al cielo, una cabeza morena, y que ambas escaparon al vuelo, porque el sol, que se había marchado ya con viento fresco, les dió un susto muy grande cayendo de improviso sobre ellas é iluminando además un buen pedazo de pared...

¡Demonio con la chica y qué cosazas hacía! Fué la comidilla de la conversación en la vecindad, y se decía que á un estudiante, que era de la piel del diablo, al decir de la patrona del tercero, y no creía en santas ni en mujeres silvestres, sino después de haberlas visto y tocado, le entró començon de ver cara á cara y sin miedo aquella niña tan bonita como huraña, y fingiendo que se equivocaba de casa, subióse á la boardilla á preguntar si vivía allí el gran emperador de todas las Rusias. La chica, claro está, como hacía de señorita y criada de la casa, fué quien abrió la puerta, y la cerró más pronto que la vista, mas no sin que de aquel careo, que duró lo que un relámpago, quedaran ambos heridos y pensando en lo mismo : en curarse mutuamente amándose mucho.

Ello fué que aun no hacía el año de aquella ocurrencia, cuando los vecinos, formados en corro en la acera de la calle, contaban con gestos y aspavientos que la calandria de la boardilla había

volado en compañía del pájaro del tercero, «una barbaridad de chicos, decía la frutera del barrio, que está muy mal visto en el mundo... ¡Pero de eso se ríe Dios en las alturas!»

Bien así como se hincha la yema en el árbol para dar frutos cuando llega el buen tiempo, hinchábase el corazón de la chica en la primavera del amor, más alegre que unas pascuas porque era amada. ¡Y qué primavera! En aquella casita de la montaña, aislada del bullicio, donde fueron á colgar su nido, no había más que amor á todas las horas del día y de la noche; pero lo pasaban ellos más ricamente que querían sin preocuparse gran cosa del estómago, porque tenían lleno el corazón. Gobernaba ella la casita, fregoteaba los cacharros, lavaba el suelo, cantaba más y mejor que un pájaro, leía cuanto encontraba para bien de su talento, que era un primor, y salía á la compra con una pequeña cesta de alambres y sin caminar á prisa, no porque se lo impidieran los torcidos tacones de sus zapatos, que estaban en el mismo ser, sino porque á su lado iba el amante, quien en días de mucho apuro, y mientras en el mostrador llenaba ella la cestita de la compra, llenábase él los bolsillos del gabán (con muchísima vergüenza, pero también con muchísima necesidad) de especies y frutos que

cogía indebidamente de los sacos de la tienda.

Y pasaron los inviernos ¡tan fríos! y, como por primavera la yema en el árbol, dió ella frutos de amor, y ya hubo en el nido un machito y una hembrita, de los cuales solían decir con pena que habían venido al mundo á pasar trabajos, y si no lo decían, lo pensaban siempre que el chiquitín les preguntaba si iba á seguir la carrera de tocar la guitarra, ó la de vender *La Correspondencia de España*...

Todo presagiaba, sin embargo, la ruina del amoroso nido cuando arreciaron las tempestades. Él, de quien decían sus amigos y conocidos que tenía muy buen fondo, pero muy mala cabeza, de puro aburrido y descontentadizo parecía cuajado entre dos bostezos muy largos y en una noche de mal humor; y de puro duro y volcánico, diríase que había sido parido en una fragua mientras oía su madre el golpe del martillo sobre el yunque. Aquel espíritu, escéptico de suyo y agriado por las vicisitudes, fué marchitando los ideales de su compañera; aquel temperamento irónico y bilioso fué emponzoñando poco á poco, y sin quererlo, á la pobre flor regada con lágrimas de su corazón, pero ajada también por inclemencias de su carácter; y al cabo de algunos años la hizo á semejanza suya como Dios á los hombres... Él

quería emociones, aturdimientos, para pasar á tragos una vida que se le antojaba larga y pesada; en vano buscaba aventuras en aquel amor de niña, sosegado y tierno, y las fué á buscar al fondo del abismo, allí donde pudieran caer sus cariños haciendo mucho ruido, y quedarse luego vibrando en sonoras ondas y lejanos ecos por todos los ámbitos de su hastiado espíritu.

Y queriendo en ella á la compañera de sus dichas y duelos, á la representante legítima de su pasada bohemia, con buenas ganas de llorar y con no pocas de darle un abrazo, una tarde abrió su caja de recuerdos, que ya tenía visos de tumba, según estaba de roída y mustía, y fué sacando de ella y arrojando al fango de la calle un clavel encarnado, una trenza rubia y otra blanca pendientes de un hilo muy largo, como si estorbaran allí, por no encontrar otro sitio en donde poner las agrestes flores que había recogido de la boca del abismo. Ella, sintiéndose mordida en el corazón, permaneció muda, indefensa, inmóvil, ante la mudanza de los símbolos de su amor, y desde entonces empezaron á caerse los blancos plumones del amoroso nido; daban vueltas por la salita, y por el tocador, y por todas partes, como si se marchasen de mala gana, hasta que una violenta ráfaga de aire los echaba

fuera, y poco á poco se iban volando al cielo ante los dos chiquillos, que mirando, mirando con los ojos muy abiertos, querían volar también, y al fin voló por curiosa la que era hembra, á quien se le fueron los ojos y las alas detrás de una pluma más blanca que las otras. Cuando él volvía de la calle aturdido y ciego, callaba ella, más colorada que cereza caída de la mata y con los ojos hinchados como puños.

Ingresó otra vez en la boardilla (¡era su destino!), y si alguna vecina piadosa que la veía bajar por la calle del trabajo la saludaba al paso y decía luego una frase de elogio, no faltaba quien dijera al punto:

— ¡Mira tú que ésa...! ¡Pues si tiene ya dos chicos y ningún marido!...

INCIDENTE PARLAMENTARIO

Aquella noche se asaban los pájaros. El calor, en la agonía de la reacción, hacía la política de todas las tiranías cobardes : agarrotaba. Yo tenía ganas de aire y de libertad, aunque la libertad degenerase luego en libertinaje, como las libertades todas, y ¿por qué no decirlo? comprendía el nihilismo... Envuelto pudorosamente en una colcha á cuadros rojos, me asomé al balcón á ver si cogía al vuelo una ráfaga de aire. Pero todavía echaban chispas las aceras, y subía un vaho denso y fuerte, como de polvo de mostaza inglesa. Sentí un picor extremado en la punta de la nariz. Estornudé una vez, estornudé dos veces, volví á estornudar prosaicamente, y... me parece mentira que no esté estornudando todavía.

Entré de nuevo en el santuario de mi alcoba. Un mosquito acababa de caer mareado sobre una

almohada de mi cama. ¡Qué cara tan especial tenía! Con sus pelillos de punta, todo torcido y enfurruñado, parecía un estadista en el acto de meditar sobre un problema de la humanidad. Le cogí cariñosamente con unas pinzas, y...

— ¡Nada! ¡nada! grité; has querido herirme, y no lo has conseguido; ¡no importa! con la intención basta, y te voy á fusilar en nombre de mis instituciones. Pero no, espera, la Inquisición se acerca... vas á morir tostado.

Me dió una pita horrible. Le aproximé á la llama de la bujía; sacudió un poco las delgadas piernas, como si bailara un cancán revolucionario, y no dijo una palabra: estaba en efecto achicharrado. En seguida me lavé las manos para borrar la mancha de sangre que me dejó el insecticidio y quise conciliar el sueño á tiempo que le decía á la almohada:

— No ha muerto ninguna de esas gentes cuya sentencia firmaría yo sin lavarme después las manos; pero, en fin, he matado algo, ¡he matado un mosquito!

Del fondo de una guitarra salieron de pronto notas de *juerga* y cantares de borrachera. En aquella serenata al aire libre había un contraste raro: ora prorrumpía la guitarra en quejumbrosas notas, mientras se alzaban enronquecidas las

voces de los *cantaores*, ora languidecían éstas y hacíanse mimosas, en tanto que culebreaba sobre las cuerdas del instrumento un chasquido burlón y canallesco. Una voz soez contestó con aspereza:

— ¡Anda de ahí!...

Oyóse un ruido como de escape de gas ó de vapor mal comprimido, y después, silencio, mucho silencio, turbado un instante por el eco de las pisadas de una persona que se alejaba de primera calle abajo.

El sueño huía de mi alcoba. Encendí otra vez la bujía, y vi que el mosquito se había adherido fuertemente á la esperma y semejava una estría negruzca que se hubiera estereotipado en un filamento de nieves. Sentí pena por su viuda... ¡Acaso dejaba también hijos pequeñelos!... Me sentí humillado ante el cadáver del mosquito, y comprendí que yo, como el calor y como todas las tiranías cobardes, estuve, con aquella muerte, en la agonía de la reacción, ¡y agarraté de miedo á ser vencido!

— ¡Á la calle!

Pero antes de salir me vestí como Dios manda; no me pillara un esbirro del Santo Oficio.

— No haya miedo, pensaba yo poniéndome un sombrero cualquiera — una chistera que apareció con los pelos de punta, porque se ahogaba bajo

un montón de periódicos; — ¡no haya miedo! ahí, debajo de mi cuarto, esta Menéndez Pelayo, somos vecinos y amigos. En nombre de Dios, que es bueno, me salvará Pelayo de un conflicto con Pidal, que es mestizo.

Ya iban muriendo las luces artificiales, asfixiadas poco á poco por la mano de un empleado. Se retorcían soplando, sacaban de pronto las lenguas de fuego como si quisieran burlarse de la oscuridad, y luego, de pronto también, se encogían para meterse en sus mecheros, como si temieran que les cortasen las lenguas por iluminar en demasía.

Ni un alma... Rodando por las calles, varios cuerpos desaparrados; incrustados en los quicios de algunos portales, montones de carne infantil, carne para vicio.

El Prado estaba obscuro y hasta oloroso á queso... Atravesé rápidamente la arena removida horas antes por las combas de las chicuelas; quise sentarme, cogí una silla, y se abalanzó á mí diciendo:

— ¡No quiero!... ya no es hora.

Me asusté mucho, pero me repuse luego.

— ¿Desde cuándo, le pregunté, has hablado tú?

— ¡Desde siempre! Me gusta la idea, añadiendo. En algunas situaciones han hablado los

animales. ¿Por qué no han de hablar ahora las entidades de cuatro pies?

— ¡Chica, me tienes asombrado!...

— Ahora te asombrarás más. Espera sentado... en el suelo. Vamos á reunirnos en sesión.

— Tú estás loca. ¡En sesión!

— No que no. ¿Se reúne la Cámara allá abajo, en la Carrera? Pues igual nosotras. Así como así, ya se darían algunos oradores con un canto en los pechos por hablar como nosotras, ¡como nosotras, que hemos nacido en Cortes y no estamos deshonradas todavía!

Se oyó un ruido como de matracas por semana santa : era de las sillas de la mayoría aplaudiendo con las patas. Avanzaron respetuosamente dos sillones, que eran los maceros, con sus faroles correspondientes. Una silla muy gruesa y fuerte tomó asiento en la presidencia. No encontrando yo silla alguna donde sentarme, me coloqué á horcajadas en una de las barandas del Prado. Estaba, pues, en la tribuna pública.

— ¡Á callar! gritó la presidenta crujendo la paja, y que las señoras diputadas que tienen la palabra digan lo mejor que han visto y oído esta noche.

Ya se preparaba una oradora, tomando agua de uno de los botijos que habían quedado en los

puestos, cuando se adelantaron dos sillas que habían salido de uno de los montones abandonados en el salón.

— Van á jurar dos señoras diputadas que están ahí esperando desde anoche, dijo la presidenta.

Concluída la ceremonia y la protesta de las sillas, que eran republicanas y no entendían de juramentos, empezó su discurso una de las oradoras que tenían derecho á hablar en aquella sesión.

— ¡Qué noche, señoras diputadas, qué noche! Yo no estaba sola, que formaba parte de un corro de más de veinte personas sobre chispa más ó menos. « ¿Qué tal los toros? le preguntaban á un aficionado. — Esta tarde, como no llovía y el cielo se las dió de inglés, estaban tan á gusto los de sol como los de sombra; igual igual. » « Qué fastidio mamá, decía una niña de diez y ocho primaveras; como es domingo, se han venido al Prado todos los cursis. ¿Verdad que Cánovas debía suprimir los domingos? — ¡Por Dios, hija, no digas desatinos! ¡Buena la haríamos si te oyera monseñor Rampolla. » La conversación general, señoras diputadas, versaba sobre el mismo tema : el tiempo, el calor y la colerina que acaba de salir ahora. ¡Y se dirá luego que los hombres son los seres más perfectos de la crea-

ción, y que sólo ellos tienen inteligencia! ¡Qué risa! Yo que soy una pobre silla, tengo la cabeza, digo, el respaldo, como un bombo, de haber oído tanta sandez. He dicho.

(*Algunas diputadas felicitan á la oradora y le piden destinos.*)

— ¡Ay! ¡ay! gimoteó una silla amarillenta. Yo creí ahogarme... Sobre mí se sentó un señor muy gordo con cara de cólera... (*Grandes risas.*) ¡Ay! ¡ay! ¡Me ha dejado reventada!...

— Señoras diputadas: yo no he oído nada, dijo una oradora á quien la desgracia había hecho filósofa y maldiciente; estaba muy lejos, arrinconada, porque tengo rota una pata. Pero he visto el desfile, y yo entiendo, señoras, que esto es lo del año pasado y lo de siempre: las mismas mujeres á caza de maridos, y los mismos hombres á caza de esposas. ¡Cuánta alegría ficticia y cuántos colorines que se pierden en la colada! Corros de familias de gracia en verano, chismorreos, rivalidades, envidias, miserias, ¡humanidad bobalicona esa que sale á la calle á ver y á ser vista, á divertirse, divirtiéndolo á los demás! (*¡Profunda sensación!*) Pero el conjunto es de oro. Esta noche parecía el salón, con tanta gente bulliciosa y pintarrajeada, una orgía de carnaval. Á derecha é izquierda, dilatadas hileras de esos som-

breros altos, tan floreados y pomposos que gastan ahora las señoras, y por el centro del salón, entre nubes de incienso y aromas de nardo, bandadas de elegantes y bonitas muchachas que abren mucho los ojos cuando pasa el ejército expedicionario de seres barbudos. (*¡Mucho! ¡Mucho! en la mayoría.*) Chasquidos de besos femeninos, risas locas, interjecciones correctamente españolas, voces de aguadora confundándose con sonsonetes de barquillero y gritos de vendedor de periódicos, arrastre, ¡ay! de nosotras, las pobrecitas sillas, manos que se juntan, pies que se acarician cuando no se epuivocan y nos dan en los nudillos, sombreros que se saludan cortesmente; manchado todo por el polvo y escarnecido por la conversación, cuyo murmullo se oye muy hondo, como ruido de piedras en río revuelto por la crecida, si no lo turban agudas y vibrantes notas, arrancadas por el jorobadillo que interrumpe la charla para pordiosear riendo con las cuerdas de su bandurria. (*Entrepitosos aplausos.*) Y ¿qué diré, señoras, qué diré de las mimosas escenas que ocurren en lejanos sitios bajo ramajes de árboles en bancos injuriados por la intemperie?... (*Toses, chicheos.*)

— Oiga usted, señora, interrumpió un banco de piedra que acababa de llegar del Botánico;

eso es cuenta mía y de ello voy á hablar en este momento histórico...

— ¡Que se calle! ¡No le dejéis hablar, gritaron las sillas huyendo ruborosas.

(Momentos de confusión; la presidenta llama al orden, agitando una pata.)

— Señoras, dijo al fin como si marcara las palabras, señoras, este caballero es moderado histórico; no hay más que verle la cara, ¡respetad la desgracia!... La presidencia entiende que tiene derecho á decir lo que piensa, porque es tan hijo de Dios como cualquiera, y... pero dispensadme, no puedo hablar más... Siento que me baja una bolita de no sé qué cosa... Yo me ahogo... ¡Señoras, estoy atragantada!...

En efecto, se le había metido en la boca un coágulo de lodo.

Nubes de polvo levantado por las mangas de riego cerníanse sobre el salón, y ráfagas de aire fresco sacudían las moléculas elevándolas tan pronto como las hacían descender en forma de pegajosa arena. En el Buen Retiro ya empezaban á despertar á sus *cocottes*, chillando, algunos pájaros calaveras, y las encorvadas hojas de los árboles caían al suelo arrastrando avispas que las habían tomado por tálamos nupciales. Los mangüeros de la villa se acercaban cada vez más al

Prado, y, como nieblas sofocantes que se deshicieran en polvillo luminoso, marchaban las nubes camino de la puerta de Alcalá, dejando en pos multitud de moléculas, cuáles muy negras, cuáles brillantadas por una luz tenue que iba clareando el desnudo de la Cibeles, y un grupo de dos chicuelos que se habían dormido á pierna suelta el uno sobre el otro, muy cerca de la diosa, y sorprendidos por aquel chaparrón de las mangas de riego, despertaban rodando por el suelo, con las manos en las cabezas y dejando ver por los agujeros de los raídos pantalones algunos blancos de las nalgas.

.....
 Cuando volví la vista hacia el Prado, estaban mudas y en correcta formación todas las sillas. ¡Diríase que se preparaban á oír el discurso de la corona!...